

ALGUNOS ASPECTOS DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN LA UNIVERSIDAD

Germán Uribe Castro

SÍNTESIS

¿Tiene alguna razón de ser la enseñanza de la historia en la educación superior? Considerando la complejidad que acompaña el desarrollo de las últimas décadas, es necesario replantear la urgencia de los estudios históricos en la universidad, en donde se deben asumir como ejercicios para el desarrollo de habilidades cognitivas, como contextualizaciones de los programas académicos que permitan la construcción de marcos históricos para la investigación y, fundamentalmente, como una herramienta para la formación ética y reflexiva que le permita al estudiante contribuir al desarrollo de la conciencia nacional. En las siguientes líneas se abordan algunas características que dificultan tal ejercicio pedagógico y se propone una revisión de su razón de ser para la formación de ciudadanía.

Descriptor: Historia, multicausalidad, objeto, cultura, conciencia nacional.

ABSTRACTS

Is there a reason to teach history in the superior education? Considering the complexity that accompanies development on the last decades, it is necessary to reframe the urge of the historical studies in college, where they should be assumed as exercises for the development of cognitive abilities, as frames of the academic programs that allow the construction of historical marks for research and, fundamentally, like a tool for the ethical and reflective formation that allows the student to contribute to the development of the national conscience. In the following lines we approach some characteristics that make difficult such a pedagogical exercise; a revision of its reason of being for the citizenship formation is also included.

Descriptors: history, object, culture, multicausality, national conscience.

“Lo que agrava la dificultad de conocer nuestro mundo, es el modo de pensamiento, que ha atrofiado en nosotros, en vez de desarrollarla, la aptitud de contextualizar y globalizar, mientras que la exigencia de la era planetaria es pensar su globalidad, la relación todas partes, su multidimensionalidad y su complejidad”.

Michael Payne

Durante largo tiempo se escribieron tratados y textos para la enseñanza de la historia en donde se consignaban con lujo de detalles las verdades acabadas de “sabios”, estadistas o literatos. Su función era más descriptiva o informativa que problematizadora de

la realidad temporal que trataban de interpretar. La historia, como ejercicio del conocimiento de la realidad, ha resumido a la luz de esta tradición, una descripción detallada de los hechos y de los personajes protagónicos que de alguna forma se han destacado



en los momentos decisivos de la humanidad, por lo cual, a la vez, se llegó a considerarla como conjunto de textos en donde se planteaba el modelo para la formación del hombre necesario para la sociedad.

Tales interpretaciones, aunque pretendieron ser objetivas e imparciales, siempre se mostraron sesgadas por los intereses ideológicos de quien escribía y, si bien destacaron el heroísmo o la barbarie de los personajes, las clases sociales o, inclusive, de algunas culturas, provocando el desprecio o cautivando la admiración del lector, poco contribuyeron a una reflexión ética sobre la sociedad ya que su problema no fueron los procesos sociales en la dialéctica que genera la multiplicidad de sus relaciones. Esta es una de las principales razones que han contribuido a demeritar los estudios históricos en la educación superior. Además, recientemente, en los claustros educativos, tomó alguna fuerza la afirmación del “fin de la historia” por lo cual no se hace necesario ningún estudio exhaustivo de los procesos históricos en su sentido asincrónico. Otro problema de la enseñanza de la historia es la utilidad que se le asigna respecto a su razón de ser con relación a los objetos de estudio propios de los programas académicos.

El “desuso” de la historia

Francis Fukuyama, pretendiendo seguir la interpretación hegeliana y de otros filósofos sobre el fin de la historia, sostuvo que con la crisis del socialismo real, la historia había llegado a su fin. Como Hegel en su momento, Fukuyama no quiso decir que los procesos históricos hubieran terminado, sino que el mejor modelo histórico posible había sido alcanzado y, por tanto, la humanidad habría llegado con la postmodernidad capitalista a las condiciones necesarias para ser libre, sin las contradicciones y restricciones que motivan los conflictos. En términos de otras interpretaciones de la historia, como el resultado de los antagonismos motivados por el desarrollo desigual de las fuerzas productivas y las luchas sociales, como lo pregona, por ejemplo, el materialismo dialéctico, resultaría estéril cualquier discusión.

Aunque la tesis de Fukuyama recibió numerosas objeciones desde muy diversos sectores académicos, su posición teórica repercutió en el afianzamiento de la ideología neoliberal y ha permitido reforzar las interpretaciones predestinarias de las potencias. De acuerdo con esto, los procesos históricos sólo dependen de ajustes graduales al orden capitalista. Ya no existirían



antagonismos, sólo “desajustes” que, al ritmo del desarrollo de las potencias, en un “nuevo orden mundial”, no resultan insuperables, aún para los países subdesarrollados.

No es precisamente el objeto de este escrito hacer un estudio más del planteamiento finalista de Fukuyama, pero sí cabe esclarecer que con la fuerza que en cierta medida ha tomado esta interpretación de la historia en algunos ámbitos académicos, pareciera que el estudio de los hechos históricos desde las multicausalidades y dinámicas internas presentes en las relaciones sociales ha perdido su razón de ser, ya que todo es posible de ser explicado a partir de una etapa de la historia finalmente alcanzada, en la cual la comprensión científica y el desarrollo tecnológico son suficientes por sí mismos para brindar cualquier respuesta, pues, como señalara el autor analizado, “Los ciclos y las interrupciones no son, por sí mismos, incompatibles con la historia orientada o direccional universal, del mismo modo que la existencia de ciclos económicos no niega la posibilidad del crecimiento económico a largo plazo” (Fukuyama, 1992. 88).

Así, pues, bastaría con ajustarse al modelo económico y a sus demandas, y los estudios históricos sólo serán necesarios como una visión del pasado

que, desde el interés de los objetos particulares, podría “reconstruirse” en aras de una comprensión de la “evolución histórica del objeto”, haciendo caso omiso de las multicausalidades dominantes de la época en donde tuvo su origen.

Urgencia de los estudios históricos en el ámbito universitario

Los acontecimientos de los últimos años, especialmente el fin del bipolarismo y de la guerra fría, y la crisis de seguridad de las potencias en su eje capital, los Estados Unidos de Norteamérica, han suscitado un nuevo y creciente renacer del interés por la historia como ciencia social analítica de los procesos políticos, sociales, culturales y económicos en los cuales se enmarcan las nuevas estrategias del poder mundial.

Sin embargo, no es esta la única razón. Aunado a los hechos universales se produce un realinderamiento de las fuerzas en pugna y un resurgir de nacionalismos y fundamentalismos que se convierten en banderas de culturas y etnias históricamente acosadas por las injusticias y desequilibrios motivados por ánimos belicistas hegemónicos. Estos cambios pueden ser apreciados en el avance de los Estados Unidos hacia nuevos espacios geográficos, con la amenaza de desatar



otras guerras contra algunos países que ha estigmatizado en defensa de sus intereses estratégicos, lo cual ha permitido emerger una serie de contradicciones que evidencian un enfriamiento de las relaciones entre los antiguos aliados y mayores distanciamientos con otras naciones respecto a la política internacional de la potencia norteamericana. En contextos más concretos, una contracruzada popular se manifiesta en diversos países del mundo y permiten apreciar que los intereses de los pueblos no necesariamente coinciden con el apoyo que brindan sus gobernantes al país norteamericano. Estos hechos son pruebas históricas de la presencia de nuevas fuerzas que van desde la opinión pública nacional, hasta las alianzas internacionales, abiertas o tácitas, de algunos países.

Desde el ejemplo anterior se aprecia, entonces, que la historia en vez de llegar a su fin como lo pretendieron los teóricos optimistas del capitalismo con la crisis y fin del socialismo real, ha adquirido nuevas dinámicas que sin duda tienden a modificar los órdenes recientes, en espacios geopolíticos que las potencias mundiales tratan de controlar aun al costo de la degradación internacional de su propia imagen.

problemas que nos atañen a todos, en la medida en que los impactos positivos o negativos en los núcleos de poder repercuten en su periferia, afectando sus procesos de desarrollo, ante lo cual nuestra realidad nacional se ve comprometida en el sistema de relaciones internacionales que se están conformando.

Si al anterior factor del contexto global le adicionamos los hechos que vienen caracterizando nuestra historia nacional reciente, que nos hace ser mirados como país “amenaza” para la región, ya que atraviesa por un conflicto ascendente y desestabilizador de las instituciones y de la sociedad misma, no cabe la menor duda que se hace imperativo el conocimiento tanto de nuestra propia realidad interna como el de los factores internacionales que inciden y que, de alguna manera, también son afectados por ella. Se debe considerar como una necesidad vital el conocimiento analítico y reflexivo de los procesos históricos, desde sus hitos fundamentales y las múltiples relaciones que los entrecruzan, dado que todas las acciones humanas se encuadran en las tozudas realidades que las contextualizan y eventualmente constituyen amenazas u oportunidades respecto a las que se debe optar por una actitud política de carácter internacional.



En ese sentido caben los estudios históricos de nivel universitario, ya que los problemas del mundo son

En orden a lo señalado, cabe preguntarse si la historia como disciplina es sólo un problema de académicos y letrados o, tal vez, un simple ejercicio que puede hacerse desde los imaginarios e intereses particulares; o, si el ejercicio historiográfico, carece de validación científica predictiva que nos permita vincularlo a la transformación cualitativa de nuestras propias circunstancias convirtiéndolo en parte sustancial de un proyecto nacional.

La tendencia reduccionista de la historia respecto a los objetos particulares de los programas

Reducir el problema de la enseñanza de la historia al conocimiento de cuándo o cómo o para qué aparecieron los fenómenos que constituyen el objeto de estudio de una disciplina, queriendo hacer un esfuerzo interpretativo de ella desde el objeto mismo, sin analizar los contextos en los cuales éstos adquirieron su sentido y su razón de ser, es interpretar el conocimiento de una época, de sus ideas o de sus representaciones humanas como reflejos mecánicos de la vida material, como epifenómenos desligados de la realidad. Es decir, no se interpreta la multicausalidad (económica, social, política, cultural) y la complejidad relacional que permitió y motivó a los seres humanos organizados social y laboralmente, en un momento dado y en un lugar especí-

fico, concebirlo, construirlo y asignarle sentido para satisfacer con él una necesidad real material o espiritual.

En este orden de ideas se colige, que toda producción humana es una respuesta posible, solamente bajo la práctica social y el conocimiento que ésta genera, acumulado con otras en el transcurso del tiempo de las civilizaciones, bajo unas determinadas relaciones de producción, que por lo tanto, responde a algún tipo de demanda social. No es la realidad objetiva representada en los objetos la que desarrolla la parte activa, con lo cual se reduciría el papel del sujeto (el profesional en potencia) al de un pasivo espectador, a un artesano o, en los tiempos actuales, a un tecnólogo altamente conocedor de los procesos de construcción, de las relaciones objetuales y de sus formas, ya que se “olvida” que el objeto no puede asumir total independencia de la conciencia del sujeto y de la determinación que éste pueda asumir sobre la realidad, por lo que la puede transformar en virtud de sus propios intereses.

Podría citarse como ejemplo, en el campo de la comunicación, el lenguaje que no puede interpretarse como un fenómeno comunicativo autónomo de la práctica social que lo produce y lo convierte en su expresión. Igualmente, puede decirse lo mismo respecto a otros campos



teórico-prácticos de las ciencias sociales y las humanidades porque es claro que hoy ya no se puede concebir simplemente como humanista a “...el humanista tradicional que sigue abrigando una concepción de arte apartado de las vicisitudes de la historia, la política, la economía y las recientes intervenciones de la desconstrucción, el feminismo, la semiótica, el marxismo y el psicoanálisis...” (Payne, 2002, xiii)

La enseñanza de la historia, reducida a una interpretación mecanicista de los objetos, pierde su razón de ser, su trascendencia como disciplina que lo que persigue es interpretar el movimiento de las sociedades en el tiempo para desarrollar en el estudiante, entre otras, la competencia de pensar historiográficamente. El sujeto cognoscente no puede ser neutral frente a los procesos de producción de los objetos que son esencialmente humanos; es él quien genera y expresa juicios de hecho y juicios de valor, los primeros como expresiones de la realidad objetiva que manifiestan el grado de conocimiento de las leyes materiales que rigen dichos procesos; los segundos, como apreciaciones valorativas que tienden a juzgar las circunstancias que enmarcan los acontecimientos y les permiten valorar el proceso de transformación de la naturaleza misma de los objetos hacia una función social.



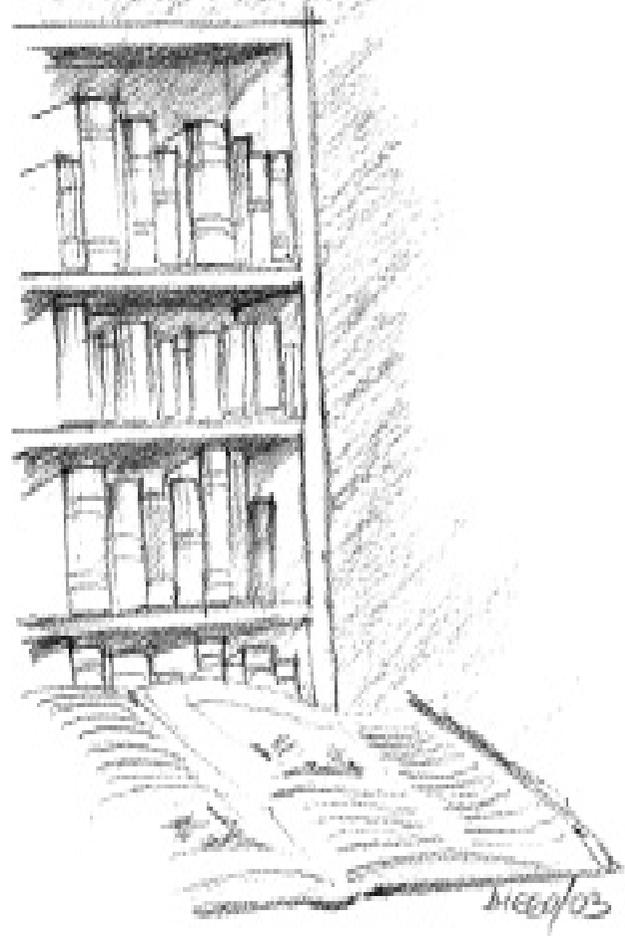
Pertinencia de la historia en la universidad

A la historia, en aquellas universidades que no persiguen la formación de historiadores, se le debe vincular esencialmente con la comunidad académica en el manejo del saber que busca formar la persona que proyecte ese saber hacia el contexto social. Es por eso que su problema concreto radica en hallar el objetivo de la historia como un ejercicio complejo del desarrollo del pensamiento, como una contextualización, como un saber transdisciplinar y, primordialmente, como un conocimiento que debe permitir la formación de una conciencia nacional a través de la cual se fomenta el sentido de pertenencia del que dependen los compromisos sociales y éticos del estudiante, del ciudadano.

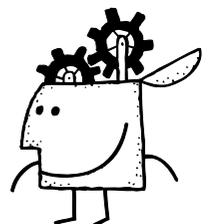
La historia, por su carácter de ciencia social, cuyo sentido es analizar la realidad como el presente circunstancial de cada ser humano y de su entorno sociocultural que implica un compromiso ético con su mejoramiento cualitativo, se presenta como el estudio de la cultura de la humanidad y de las culturas específicas y ésta –la cultura- es a su vez, el gran resultado de procesos colectivos que se acumulan y se heredan, dinamizando la existencia de las diferentes organizaciones sociales. Surge así la identi-

dad cultural que caracteriza los grupos humanos cuyas raíces se hacen comunes en elementos específicos de su pasado. Podemos afirmar que de lo universal a lo específico, pertenecemos a la cultura occidental, somos colombianos y además “paisas”, que pertenecemos por tanto a un mundo, a una nación y a una región, con todas las características y compromisos que este hecho implica.

Pero, ¿hasta dónde somos conscientes de tales implicaciones y del significado de estos hechos? La cultura adquiere sentido no como un abstracto universal o como una forma de chovinismo, sino en la medida en que la asumimos como nuestra, identificándonos en ella; pero esto no depende solamente del conocimiento de los productos culturales y de sus significados. Va más allá: implica también la reflexión sobre las sociedades que materializaron su existencia a partir de circunstancias humanas específicas; el conocimiento de los grandes hitos históricos y de sus personajes protagónicos; de las contradicciones sociales que generan las ideologías, las cosmovisiones y los imaginarios. En fin, de todo aquello que se materializa en la civilización y nos permite hallar sentido y razón de ser a nuestra existencia afincando la identidad cultural nacional.



Llama la atención cómo las naciones desarrolladas prestan gran cuidado al conocimiento de su pasado histórico y, a partir de él, al continuo análisis de su presente con el propósito de prever satisfactoriamente su futuro, es decir, su supervivencia como culturas. La historia, vista como una ciencia que puede dar bases proyectivas, reflexiona sobre las raíces de los procesos que afectan cada momento del presente y abre el campo a visiones comparativas con realidades pasadas o de otras sociedades presentes.



Pero, peligrosamente, los estudios humanísticos y en particular los históricos, han perdido importancia ante el avance de lo fáctico y se han supeditado a la vigencia de lo pragmático. “La innovación permanente, lo recién descubierto o lo que da paso a la tecnología del futuro gozan de mayor prestigio, mientras que la rememoración del pasado o de las grandes teorías especulativas suenan un tanto a pérdida de tiempo” (Savater, 1997, 72). El boom desarrollista que caracteriza el avance de la globalización neoliberal, ha alineado los países en términos económicos de competitividad, mas no de humanidad.

¿Cómo reconocer a un ciudadano del mundo occidental sin fundamentos teóricos mínimos de la cultura de la cual forma parte; o a un colombiano que aquejado por la problemática de la violencia desde sus causas remotas o inmediatas hasta sus consecuencias actuales, no pueda hacer aportes y por lo tanto no asuma compromisos para su solución ya que desconoce las razones históricas de los hechos y procesos que afectan su sociedad y destruyen su cultura?

Los estudios históricos mundiales, nacionales y regionales deben fomentar, también, el sentido de identidad cultural y la conciencia nacional lo cual requiere de una actitud ética comprometida, en primera ins-

tancia, con esa realidad que se conoce y se busca conservar como base de la vida y transformar bajo condiciones tecnológicas, sociales y humanas favorables. A la vez, cada individuo tiene el imperativo moral de buscar los modos de superar las tendencias belicistas y preservar el bienestar social de las comunidades. Finalmente, “construir el futuro” requiere primordialmente el conocimiento y el respeto por la naturaleza humana, por su cultura, edificando una civilización que se reconozca en la sabiduría de sus juicios y actuaciones como base de la existencia social y cultural. “Para la historia, considerar lo cultural contribuye a superar los recuentos puramente narrativos y descriptivos para dar paso a explicaciones estructurales y funcionales, que muestran los criterios de relevancia cultural y los significados de la diversidad que posibilitan la existencia de una u otra sociedad.” (Vega, 1999, 135)

Como disciplina, la historia facilita la contextualización en el tiempo de los procesos de desarrollo científico-técnico, político, social, económico y cultural, a la vez que su aprendizaje enriquece el conocimiento, elevando la naturaleza social e individual del ser humano al facilitar el “desarrollo de las habilidades cognitivas en la práctica de procesos de síntesis, análisis, crítica y valoración” (Carretero, 1993, 103).



En pocas palabras, el estudio de la historia faculta al ser humano para aprender a pensar historiográficamente, es decir, dentro del contexto de los procesos sociales.

La historia impregna todo saber específico porque es en ella en donde se han construido y en donde se desenvuelven las prácticas sociales del profesional. Al vincularse a los procesos curriculares, ámbito propio de los pro-

gramas académicos, los estudios históricos hacen transversalidad respecto a las demás asignaturas otorgándoles un sentido temporal y espacial emanado de su pasado. La historia es, de esta manera, el “nicho” en donde se han construido las realidades y por eso debe reconocérsele a su aprendizaje el status de ciencia que exige sistematización conceptual y rigor teórico, en los referentes de los diferentes programas académicos de la Universidad.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Perry. *Los fines de la historia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1995. 168 p.

BETANCOURT, Echeverry, Darío. *Enseñanza de la Historia a tres niveles*. Cooperativa Editorial Magisterio. Bogotá, 1993. 121 p.

CARRETERO, Mario. *La enseñanza de las ciencias sociales*, en Constructivismo y Educación. Editorial Luis Vives. Buenos Aires, 1993. 113 p.

FUKUYAMA, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Editorial Planeta. Bogotá, 1992. 474 p.

PAYNE, Michael. Compilador. *Diccionario de la teoría crítica y estudios culturales*. Paidós, Buenos Aires. 2002.

SAVATER, Fernando. *Ética, política, ciudadanía*. Editorial Grijalbo. México, 1998. 76 p.

VEGA, Cantor, Renán. *Historia: conocimiento y enseñanza*. Ediciones Antropos. Santafé de Bogotá, 1998. 300 p.

